

dejaba dominar por una indiferencia peligrosa, pero era apasionado por la gloria de las armas y en el campo de batalla se portaba como un guerrero de primer orden. Su muerte fué causa de que perdiera el Egipto, y todavía me acusan de haberle asesinado! Desaix era un ángel, es el hombre que me ha querido más y el que mayor aprecio me ha inspirado. Su llegada salvó la batalla de Marengo...; ¿hubiera yo podido deshacerme de él cuando acababa de prestarme un servicio que me presagiaba otros muchos?.. Pichegrú era quizás de todos los generales de la república el que estaba mejor dotado, desde el punto de vista de la inteligencia. Fué uno de mis profesores en Brienne, y conservaba un recuerdo tan vivo de él, que nunca pude menos de experimentar una profunda compasión de su muerte.

»Sin embargo, cometí al frente de su ejército acciones criminales que Moreau denunció. ¡Ah! ¡El desgraciado se había hecho bastante daño á sí propio, y comprendiéndolo, quiso destruir su persona después de haber destruido su gloria. Pues, bien, ya veis, ¡a mí es á quien acusan por la muerte de los tres!.. El sello esencial de la calumnia no es solamente que sea mala, tiene que ser absurda. La maldad es una pasión tan violenta que no tarda en llegar á la estupidez. Cuando uno es joven, ardiente, arrogante, no puede menos de encolerizarse al oírlo. Con el tiempo se acostumbra uno á ella, y sólo se desea una cosa, que la calumnia traspase todos los límites, porque entonces ella misma es quien os justifica y os vengal» Napoleón citaba uno á uno los actos más adulterados de su vida, y especialmente el supuesto envenenamiento de los pestilentes de Jaffa, reduciéndolos á la verdad. Respecto de los sucesos de Jaffa decía que, obligado á batirse en retirada, y no pudiendo llevar consigo sin propagar la peste en el ejército á una veintena de pestilentes á los que quería librar de los árabes, dijo á Desgenettes que sería más humano administrarles una buena dosis de opio, á lo cual respondió con mucho ingenio el doctor, *que su oficio era curarlos, no producir su muerte*. Pero añadía que casi todos habían muerto antes de que los franceses levantaran el campo, que no habían quedado vivos más que cinco ó seis, que éstos no habían tomado opio, y que cuanto se había murmurado respecto de este particular había sido la obra de un indigno enfermero, despedido del ejército por haber substraído algunos medicamentos.

Napoleón se ocupaba, pues, con una altanera tranquilidad de estas atroces calumnias; pero al tratar de la catástrofe de Vincennes, como comprenderán nuestros lectores, no se mostraba tranquilo. Hablaba menos de ella que de lo demás, pero hablaba, y se notaba lo que le hacía sufrir este recuerdo. Diferenciándose de todos los que habían contribuido á este deplorable suceso, no negaba nada, confesándolo todo. «Los príncipes de Borbón, decía, querían mi vida, y cualquiera que haya leído la sumaria de Jorge, no dudará que muchos de ellos guardaban el secreto de los proyectos de asesinato formados contra mi persona. El duque de Enghien, situado á una legua de la frontera, esperaba al menos que se renovasen las hostilidades para tomar de nuevo las armas contra la Francia, y merecía bajo todos conceptos, con arreglo á las leyes de todos los tiempos, el castigo que le apliqué. *Mi sangre no era de todo* y tenía derecho para defenderla contra los que querían derramarla, ¡sobre

todo cuando en mi persona defendía la Francia, su reposo, su prosperidad, su gloria! Si castigué, me habían dado derecho para hacerlo, ¡y aun ahora obraría del mismo modo!» Al expresarse con esta vehemencia Napoleón descubría la turbación de su conciencia. Admitiendo su derecho para defenderse (y con efecto, jamás se defendió sobre los tronos de la tierra una cabeza más noble que la suya), olvidaba que debía defenderse con arreglo á las leyes; que el duque de Enghien fué preso en territorio extranjero; que transportado á viva fuerza al territorio francés, fueron violadas para con él las leyes en más de un concepto, en los trámites seguidos por la comisión y sobre todo en su ejecución inmediata; que aunque la ley haya entregado regularmente á un enemigo, todavía queda por consultar la política, que aconseja la mayor parte de las veces indulgencia, ordenando, al tratarse de estas cuestiones, todo lo que aconseja, porque es necesaria no sólo la excusa de la legalidad, sino también la de la necesidad, para dejar correr la sangre humana; que la muerte del duque de Enghien, lejos de aprovechar al gobierno consular, le causó un daño incalculable, contribuyendo á comprometerle con la Europa en las vías de la violencia; por último, que en estas ocasiones la consideración de las personas es también de gran importancia, y que hubiera debido ser sagrado el descendiente del vencedor de Rocroy para el vencedor de Rívoli.

Pasando rápidamente sobre esta cuestión, agradaba á Napoleón abarcar en conjunto su reinado, y decía que consultando los anales del mundo, recordando la historia de los fundadores de dinastías, no había nada más inocente que él. Con efecto, no hay nadie á quien la historia pueda reconvenir menos que á él, desde el punto de vista de los medios empleados para apartarse de los parientes ó rivales, y es cierto que excepto en los campos de batalla, en donde la efusión de sangre humana fué inmensa, nadie había derramado menos sangre que él, lo que se debía á su carácter personal y sobre todo á las costumbres de su tiempo. Comparándose á Cromwell: «He subido, decía con frecuencia, á un trono vacío, y no he hecho nada para producir su vacante, llegando á él sin más impulso que el entusiasmo y la gratitud de mis contemporáneos.» Esta aserción era rigurosamente verdadera. Sin embargo, Napoleón había caído de este trono, al que le había elevado una admiración tan unánime, del mismo modo que había subido á él. La traición, que Napoleón negaba, no podía explicar esta caída; era preciso buscarla en sus culpas, y al tratar de ellas era unas veces sincero y otras sofisticado, según que las confesiones que tenía que hacer costaban más ó menos á su orgullo. Siguiendo la ley común, cuando le faltaban excusas, se esforzaba en hallarlas empleando sutilezas ó inexactitudes de hecho, á las que se acostumbraba sin que se pudiese traslucir si creía ó no en lo que decía.

Al referir la caída del imperio en 1814 hemos presentado el resumen de las torpezas que le habían producido, las cuales en nuestro concepto se reducían á seis y habían consistido:

La primera en abandonar en 1803 la política fuerte y moderada del consulado, en romper la paz de Amiéns, y en atacar á la Inglaterra;

La segunda en no haber vuelto en 1807, después de

haber sometido al continente en tres batallas, Austerlitz, Jena, Friedland, en no haber vuelto á emplear una política moderada, procurando, en vez de reducir á la Inglaterra por la unión del continente contra ella, aprovechar por el contrario la ocasión para intentar el establecimiento de la monarquía universal;

La tercera en fundar en Tilsit esta monarquía universal sobre la complicidad interesada de la Rusia, complicidad que no podía ser duradera más que remunerada con el abandono de Constantinopla;

La cuarta en haberse internado en España, abismo sin fondo donde fueron á sepultarse todas las fuerzas de la Francia;

La quinta en no haber procurado llegar al fin de esta guerra con la perseverancia, y en buscar en Rusia la solución que no encontraba en la Península, lo que produjo la inaudita catástrofe de Moscou;

La sexta en fin, y la más funesta de todas, en rechazar después de haber cubierto las banderas francesas con la gloria de los triunfos de Lutzen y Bautzen, en rechazar la paz de Praga que hubiera dejado á la Francia una extensión de territorio superior al que la política permitía esperar y desear.

Inútil es decir que en las horas de profundo fastidio de su cautividad, reproduciendo Napoleón sus recuerdos á medida que el giro de la conversación los suscitaba, no discutía metódicamente los principales actos de su reinado como nosotros procuramos hacerlo. Hablaba tan pronto de unos como de otros, procurando excusarlos tanto más cuanto menos excusa merecían.

Respecto de sus arrebatos contra la Inglaterra y de la ruptura de la paz de Amiéns, decía que su famosa entrevista con lord Whitworth había sido muy exagerada, y que la negativa del ministerio británico cuando le pidió la evacuación de Malta era intolerable, olvidando que con sus actos había creado una situación amenazadora, de la que los ingleses se habían aprovechado para no evacuar esta isla. Afirmaba que el proyecto de desembarque había sido formal, y que sus combinaciones navales fueron tales que sin las torpezas de un almirante hubiera triunfado de la Inglaterra.

Con efecto, no se puede negar que jamás se habían imaginado combinaciones más profundas y más vastas que las suyas, y si el almirante Villeneuve se hubiera presentado en la Mancha, ciento cincuenta mil franceses hubieran atravesado el estrecho; pero ¿qué es lo que hubiera sucedido cuando después de ganar en Inglaterra una batalla de Austerlitz se hubiera visto Napoleón dueño de Londres como lo fué más tarde de Viena y de Berlín? ¿La arrogante aristocracia inglesa se hubiera conformado con este terrible golpe, ó hubiera procurado prolongar la lucha contra su vencedor, prisionero hasta cierto punto en su propia conquista? No se sabe, pero era una terrible manera de jugar su grandeza y la de la Francia la de arriesgarse en aventuras tan azarosas!

Respecto de la monarquía universal que trató de establecer cuando no pudiendo acabar con la Inglaterra se lanzó sobre el continente, Napoleón no alegaba ninguna razón valedera. «Esta monarquía universal no la deseaba, decía, más que temporalmente; era una dictadura en el exterior como la que la Francia le había conferido en el interior, y que abandonaría con el tiempo.» En primer lugar, si la Francia en 1800 ansiaba un brazo poderoso

para que la salvase de la anarquía, la Europa no deseaba nada de esto. Lo que quería era preservarse de la ambición del nuevo jefe que gobernaba entonces la Francia, y dársele por dictador era justamente descargar sobre ella el golpe que más temía: era, para remediar su mal, proporcionarle el mismo mal. No había ninguna razón para deducir de la dictadura interior la exterior; y en todo caso hubiera sido preciso disminuir su duración para hacerla tolerable, hubiera sido preciso probar con sus actos á los pueblos que se ejercía en su propio interés, dispensándoles beneficios en vez de inundarlos de males hasta el punto de impulsarlos á todos en 1813 á levantarse para combatir y destruir esta dictadura europea.

Sobre esta quimera de la monarquía universal, añadía Napoleón que le habían atacado siempre, y que, obligado sin cesar á defenderse, se había hecho dueño de la Europa casi contra su voluntad: falsa aserción repetida con frecuencia por los aduladores de su memoria y de su sistema. Es verdad que las potencias europeas, bajo la opresión que sufrían, no esperaban más que un momento oportuno para rebelarse; pero esta disposición de ánimo era el resultado de la misma opresión, y además estaban tan anonadadas después de Tilsit, que sin la guerra de España el Austria no hubiera llevado á cabo en 1809 sus grandes preparativos para la ofensiva, y si después de la victoria de Wagram no hubiera emprendido la guerra de Rusia, nadie se hubiera atrevido á levantar la mano contra él.

Al apreciar su tercera torpeza, la guerra de España, hablaba con más sinceridad. La guerra de España había comprometido, según su opinión, la moralidad de su gobierno, y dividido y gastado sus fuerzas. Sólo él podía decir tan bien y tan rotundamente: «Sí, lo ocurrido en Bayona pareció una negra perfidia; la guerra de España atrajo al Mediodía los ejércitos que hacían falta en el Norte, y después de dividir sus fuerzas las gastó el encarnizamiento de la lucha.» Pero ¿por qué razón era tan sincero al ocuparse de este particular, y no obraba lo mismo al tratar de otros muchos? Acaso consistía esto en la evidencia de la torpeza, y quizás también en la clase de excusas que encontraba. «Habiendo fundado en Francia la *cuarta dinastía*, decía Napoleón, no podía soportar en España á los Borbones, á los que su situación destinaba casi inevitablemente á ser los cómplices de la Inglaterra.» Esta razón era seguramente de algún peso; pero si en vez de apresurar su solución por medio de un atentado, la hubiera esperado Napoleón de la incapacidad de los Borbones, y de la prodigiosa popularidad de que gozaba en España, probablemente hubiera sido llamado por los mismos españoles para que colocase los dos tronos bajo una sola influencia. Cometió, pues, una falta de impaciencia (que su carácter le hacía cometer frecuentemente), y esta manera de excusarse por la guerra de España, que le parecía bastante buena para que se atreviese á confesar su error, no era mucho mejor que la mayor parte de las que empleaba para paliar las torpezas de su política.

También hablaba con sinceridad acerca de su falta de perseverancia para triunfar de los españoles y de su determinación de ir á buscar en Rusia la solución que no podía hallar en España, haciendo con este motivo una singular confesión. «En realidad, decía, el empera-



dor Alejandro no deseaba la guerra, yo tampoco, y al encontrarnos en el Niemen estábamos como *dos fanfarrones* cuyo mayor anhelo hubiera sido que se pusiese entre ellos alguna persona para separarlos. Pero en aquella época me faltó un gran ministro de Negocios extranjeros: si hubiera tenido á Mr. de Talleyrand, por ejemplo, la guerra no se hubiera verificado...» Napoleón decía verdad, pero manifestaba una opinión sobre la cual deben meditar mucho los ministros que sirven á un soberano que avanza por una pendiente peligrosa y que carecen de valor necesario para detenerle en su marcha.

El funesto resultado de la campaña lo atribuía al incendio de Moscou. «En Moscou, decía, había suficientes víveres para sostener á un ejército durante más de seis meses. Si hubiera invernado allí, me hubiera sucedido lo que á las embarcaciones encerradas en los hielos, que no recobran la libertad de sus movimientos hasta que vuelve el sol. En la primavera me hubiera hallado con todas mis fuerzas; si los rusos habían recibido refuerzos, yo también los hubiera tenido por mi parte, y del mismo modo que en 1807, después de haber sufrido la jornada de Eylau en febrero, alcancé en junio la de Friedland, hubiera podido conseguir alguna brillante ventaja al volver el buen tiempo, terminando la campaña de 1812 tan felizmente como la de 1807.» Estas razones no carecían de fuerza; pero se puede responder á ellas que si la infantería del ejército hubiera podido vivir en Moscou, la caballería y la artillería habrían experimentado la falta de forrajes; que si habían podido llegar los refuerzos hasta Osterode en 1807, no era tan fácil llevarlos hasta Moscou, y por fin, que el ejército de 1812 no poseía las sólidas cualidades que el de 1807.

Respecto de la última de las graves faltas que había cometido Napoleón durante su reinado, la de haber rechazado la paz de Praga, no decía nada plausible ni tan siquiera especioso. Repetía la vulgaridad de que el Austria no obraba de buena fe, y que al aparentar que negociaba en Praga, se había comprometido en secreto con las potencias coligadas; aserto erróneo y que los documentos más auténticos refutan completamente. Si el Austria, con efecto, no obraba de buena fe en Praga, tenía un medio de confundirla aceptando sus condiciones, que consistían en dejar á la Francia la Westfalia, la Holanda, el Piamonte, Florencia, Roma y Nápoles, es decir, dos veces más de lo que podía desear; negando solamente la posesión de Lubeck, de Hamburgo, de los que no sabíamos qué hacer; de la Sicilia, que jamás nos había pertenecido, y de la España, que acabábamos de perder. Si después de aceptar estas condiciones hubiera faltado á su palabra, convicta de engañosa, la opinión general hubiera estado al lado de Napoleón. Pero es sabido que el Austria hubiera aceptado con alegría la adhesión de la Francia, porque emprendía la guerra con miedo, y hasta se negó formalmente á comprometerse con los coligados antes de que expirase el plazo fatal asignado á la mediación. Napoleón no tenía gusto en extenderse sobre este asunto, penoso para su amor propio, porque se había equivocado grandemente en esta ocasión al creer que causaba tanto miedo al Austria, que jamás se atrevería á armarse contra él. Le causaba miedo y mucho, es cierto; pero no hasta el punto de paralizar su criterio y de impedirle que tomase el partido

que le dictaban sus más evidentes intereses. Para contrarrestar esta reconvencción, decía que su matrimonio le había perdido inspirándole una funesta confianza en el Austria, excusa poco digna y además sin valor alguno, porque Mr. de Metternich había procurado repetirle sin cesar que su matrimonio tenía en los consejos de Viena cierto peso, pero un peso limitado, que no estorbaría para que le declarasen la guerra si no aceptaba las condiciones propuestas en Praga, las que, á decir verdad, no ofrecían más que un inconveniente, el de ser demasiado ventajosas para la Francia.

De este modo pensaba Napoleón acerca de los sucesos de su reinado, sinceramente, como se ve, respecto de los puntos que ofrecían excusas especiosas á su amor propio, con sofisma respecto de los que no se hallaban en este caso, comprendiendo sus culpas sin confesarlas, y contando con que la inmensidad de su gloria le sostendría para con sus futuras generaciones, como le había sostenido para con sus contemporáneos.

De mejor grado y con más confianza se expresaba respecto de las cuestiones concernientes al gobierno interior de la Francia. En ellas se presentaba con razón como un gran organizador, que cogiendo en sus manos en 1800 la antigua sociedad destruída por el martillo de la revolución, había formado con sus restos la sociedad moderna. Demostraba sin trabajo los motivos que le habían inclinado á procurar fundir en una sola las diferentes clases de la Francia, violentamente divididas, á llamar á la antigua nobleza, á elevar la clase media dándole títulos en pago de sus grandes servicios, ofreciendo de este modo á la Europa una sociedad poderosa, rejuvenecida, y digna de entrar en relaciones con ella. Pero al otorgar á la Francia los medios de presentarse dignamente á la Europa, de establecer con ella relaciones pacíficas, hubiera debido ahorrar á esta desventurada Europa los continuos terrores que le inspiraba. Por lo demás, Napoleón hablaba sobre todos estos puntos como legislador, como filósofo, como político, y cuando algunos de sus compañeros de destierro le repetían que había hecho mal en rodearse de antiguos nobles que le habían vendido, rechazaba enérgicamente esta objeción, miserable en su concepto, dirigiéndoles la respuesta perentoria que sigue. «Los dos hombres que más han contribuído á mi perdición, decía, son Marmont en 1814 arrebatándome las fuerzas con que me proponía destruir la coalición en París, y Fouché en 1815 sublevando contra mí la cámara de los representantes. Estos dos hombres son los verdaderos traidores, suponiendo que la traición sea la que ha minado mi trono. Ahora bien, ¿son acaso los dos antiguos nobles?..»

Napoleón refería después con gusto todo lo que había hecho para dotar á la Francia con una administración activa, poderosa, proba, clara en sus cuentas. Recordaba sus caminos, sus puertos, sus monumentos, sus trabajos para la formación del código civil, del cual atribuía una gran parte á Tronchet; su larga presidencia del consejo de Estado en el que reinaba, según decía, una gran libertad de discusión, en el que con frecuencia se veía tenazmente contrariado; «porque si los hombres son cortesanos, añadía, también tienen amor propio, y yo he visto á algunos consejeros de Estado, á algunos simples magistrados de los encargados de presentar las

instancias de las partes ante el consejo, sostener contra mí su opinión con entereza, y esto prueba que basta reunir á los hombres con la intención formal de profundizar las cuestiones, para que nazca de esta reunión una libertad relativa y á veces fecunda, por lo menos cuando se trata de administración.»

Napoleón confesaba que no había sido un monarca liberal, y añadía que teniendo la misión de dictador, el papel que desempeñaba no le permitía dar la libertad, sino prepararla. Con respecto al ensayo de esta libertad verificado en 1815, no lo desaprobaba, pero hablaba poco de él como si se avergonzase de una prueba que tan mal le había salido. Con este motivo expresaba su opinión acerca de las asambleas, que tan bien conocía á pesar de haberlas frecuentado tan poco, y atribuía los actos recientes de la cámara de los representantes, más que á su vicio fundamental, á la novedad de este ensayo de libertad. «Las asambleas, decía, necesitan jefes que les guíen lo mismo que los ejércitos. Pero hay la diferencia de que los ejércitos reciben los jefes que les destinan, mientras que las asambleas los eligen por sí mismas; y en 1815 la cámara de los representantes, reunida al estampido del cañón, no había podido todavía buscar ni encontrar jefes.»

Napoleón decía que no había podido hacer durante su reinado más que concebir proyectos, que no había tenido tiempo para realizar nada, que su dominación no había sido más que una serie de bocetos, y entonces, entregándose á sus meditaciones, sentía un placer en figurarse todo lo que hubiera hecho si hubiera podido obtener de la Europa una paz franca y duradera (paz que había rechazado desgraciadamente cuando pudo conseguirla, como en 1813 por ejemplo, y que no quiso aceptar hasta en 1815 cuando ya era imposible). «Hubiera dado á mis súbditos, decía, una gran parte en el gobierno. Los hubiera formado en torno mío en asambleas verdaderamente libres, los hubiera escuchado, los hubiera dejado contradecirme, y no limitándome á llamarlos á mi lado, hubiera ido yo á su encuentro. Hubiera viajado con mis propios caballos á través de Francia en compañía de la emperatriz y de mi hijo. Lo hubiera visto todo con mis ojos, escuchado con mis oídos, hubiera apaciguado todos los disgustos, observado de cerca los hombres y las cosas, y derramado con mis manos los beneficios de la paz después de haber vertido con estas mismas manos los males de la guerra. Hubiera envejecido siendo un príncipe paternal y pacífico, y los pueblos, después de haber aplaudido por espacio de mucho tiempo á Napoleón guerrero, hubieran bendecido á Napoleón símbolo de la paz, que se hubiera presentado á ellos *viajando como antiguamente lo hacían los Merovingios, en un carro tirado por bueyes.*»

Tales eran los ensueños de este gran hombre, y si los referimos es porque encierran una lección muy elocuente, la de que no se debe dejar pasar el tiempo de hacer bien, porque cuando se va una vez, no vuelve nunca. De esta suerte transcurrían las horas de la cautividad, y cuando al razonar de esta manera veía Napoleón que era más tarde que de costumbre, exclamaba con alegría: ¡*Las doce de la noche!* ¡*Qué conquista sobre el tiempo!* el tiempo que antes le faltaba siempre, y que entonces le sobraba hasta la saciedad.

El año 1816, cuya primera mitad fué una serie no interrumpida de desazones, estuvo consagrado en los últimos seis meses á trabajos históricos muy asiduos. Mr. de Las Cases fué el que más atareado se hallaba, porque Napoleón dictaba con verdadero entusiasmo sus campañas de Italia, que le recordaban sus primeros, sus más queridos triunfos. Aun cuando se ocupaba también de la expedición de Egipto con el mariscal Bertrand, de la campaña de 1815 con el general Gourgaud, la Italia merecía por entonces su preferencia. Hubiera deseado tener una colección del *Monitor* para comprobar las fechas y algunos otros detalles materiales, pero, careciendo de él, se servía del *Annual register*. Por lo demás su memoria le abandonaba pocas veces, y casi nunca tuvo que rectificar sus recuerdos. Mr. de Las Cases, obligado para seguir su voz á escribir muy de prisa, empleaba signos abreviativos y ocupaba una gran parte de la noche en copiar sus borradores. Por la mañana presentaba esta copia á Napoleón, y él la corregía de su puño y letra. Debilitando con extremo este trabajo la vista de Mr. de Las Cases, su hijo le relevaba con frecuencia, y le ayudaba á coger al vuelo la impetuosa palabra del poderoso historiador. A esta tarea añadió otra Napoleón: comprendiendo el inconveniente que tenía para él no saber el inglés, resolvió aprenderle tomando por maestro á Mr. de Las Cases. Pero este hombre prodigioso que retenía tan bien en su memoria las cosas, no podía apenas conservar las palabras, y aprendía los idiomas con dificultad. Con todo, se aplicaba y ya empezaba á leer el inglés sin que pudiese hablarle todavía. Estas diversas ocupaciones exigían frecuentes entrevistas con Mr. de Las Cases, y provocaban envidias en aquella colonia tan poco numerosa y en donde parecía que el mutuo infortunio debía hermanar los corazones. El general Gourgaud había dado muchas pruebas á Napoleón de una inmensa adhesión, pero echaba á perder sus buenas cualidades con su excesivo orgullo y una predisposición á la envidia que nunca cesaba de agujonearle. No habiendo abandonado á Napoleón en sus últimas campañas, se consideraba con derecho para ser el colaborador exclusivo de sus trabajos, y sufría con pena que Mr. de Las Cases fuese el confidente habitual de su jefe.

Sin embargo, á cada cual debía tocar su turno, y con el fin del imperio, que el general Gourgaud conocía perfectamente, tenía que principiar para éste el privilegio de las largas entrevistas con Napoleón. Pero tan ardiente como valeroso, no sabía contenerse, y encerrado en un círculo tan estrecho en el que los disgustos debían ser tan sensibles, era muy á menudo quisquilloso y molesto. El espectáculo de estas divisiones agravaba las penas de Napoleón, y procuraba apaciguarlas en cuanto las notaba por más que se las ocultasen, reprendiendo con autoridad los arrebatos del general Gourgaud y curando las heridas causadas á la sensibilidad de Mr. de Las Cases, cuyo carácter era reconcentrado y un poco melancólico. «¿Cómo es eso, decía á todos, no tenemos bastante con nuestras penas? ¿Debemos buscarnos nuevos disgustos con nuestro carácter? Si la consideración de lo que os debéis los unos á los otros no os basta, pensad al menos en lo que á mí me debéis... ¿No veis que vuestras divisiones acrecientan muchísimo mis desventuras?... Oíd: cuando volváis á Europa,



lo que no tardará en suceder, porque me quedan pocos años de vida, cifraréis vuestra gloria en haberme acompañado en esta roca. Entonces no diréis que vivíais como enemigos, sino que os llamaréis *los hermanos de Santa Elena* y afectaréis una gran unión; pues bien, si habéis de hacerlo un día, ¿por qué no empezar hoy poniendo en salvo vuestra dignidad y labrando mi reposo y mi consuelo?»

Aquellos pobres desterrados, á pesar de la vigilancia sombría de que eran objeto, iban algunas veces á la ciudad con diversos pretextos, pero en realidad para recoger noticias. Hacían el viaje á caballo acompañados por un vigilante, y confiando al cuidado de este último sus monturas, gozaban de alguna libertad, que aprovechaban para proporcionarse algunas comunicaciones con la Europa. El dueño del pabellón de Briars, convertido en proveedor de Longwood, era con frecuencia el intermediario de sus correspondencias, las que á decir verdad eran bien inocentes, porque su único objeto era sostener relaciones con sus familias, y las más culpables se limitaban cuando más á denunciar á la opinión pública europea las crueldades del gobierno británico. Con todo, hubieran debido contentarse con estas discretas comunicaciones para no despertar demasiado el carácter receloso de sir Hudson-Lowe. Pero Mr. de Las Cases quiso servirse de un criado que regresaba á Europa para confiarle una extensa relación de los sufrimientos que experimentaban en Santa Elena, escrita en un pedazo de seda, para que pudiese ocultarla con más facilidad. Bien fuera por indiscreción del criado ó bien por el rigor de las investigaciones hechas sobre su persona, lo cierto es que el depósito fué descubierto. Mr. de Las Cases que disgustaba con extremo á sir Hudson-Lowe, fué condenado en virtud de los reglamentos vigentes á salir de Santa Elena. Una compañía de soldados se apoderó de él y de su hijo, y los transportó á James-Town. Sir Hudson-Lowe declaró á Mr. de Las Cases que habiendo infringido los reglamentos que prohibían las comunicaciones clandestinas, sería conducido al Cabo y desde el Cabo á Europa. No había medio de discutir con este jefe absoluto, y tuvo que someterse á sus deseos. Sus papeles fueron registrados y entre ellos se encontró el diario de sus conversaciones con Napoleón y el manuscrito de las campañas de Italia. Uno y otro fueron retenidos provisionalmente.

Napoleón se resintió muchísimo porque habían violado su domicilio y porque le privaban de un hombre tan respetable como Mr. de Las Cases, de un hombre cuya ayuda tanto necesitaba. Reclamó el manuscrito de sus campañas de Italia, que le fué devuelto, y se rebeló contra el alejamiento de su compañero de destierro, motivado por un acto tan natural, tan inocente como una queja exhalada por el dolor, y que hasta probaba que no pensaban en fugarse, porque el escrito detenido no se refería á ningún proyecto de evasión. No estando dispuesto para partir ningún navío, Mr. de Las Cases fué detenido en la isla, y por decirlo así incomunicado, porque no le permitían correspondencia alguna con los habitantes de Longwood. Habiendo tenido tiempo para reflexionar, sir Hudson-Lowe temió que la presencia de Mr. de Las Cases en Europa fuese de peores consecuencias para él y los ministros ingleses

que su estancia en Santa Elena, porque estando libre podía hacer oír la voz de la desgracia, voz que sería escuchada hasta en el parlamento británico.

Ofreció, pues, á Mr. de Las Cases su vuelta á Longwood, bajo la condición de no volver á procurar escribir á Europa clandestinamente, para lo cual debería servirle la lección que había sufrido con un mes de arresto; pero Mr. de Las Cases había también reflexionado, pensaba que sería más útil á Napoleón en Europa que en Santa Elena, denunciando los tratos que recibían los desterrados; estaba muy inquieto por la salud de su hijo, á quien perjudicaba el clima de los trópicos, y no aceptó la gracia que le ofrecía sir Hudson-Lowe. No le permitieron que viese á Napoleón á no ser delante de testigos, lo que no consintió; pero le escribió los motivos de su resolución, enviándole muchos objetos de los que era depositario, y se embarcó en los últimos días del mes de diciembre de 1816 después de haber pasado diez y ocho meses al lado de Napoleón, residiendo con él un año en Santa Elena.

Napoleón sintió mucho la partida de Mr. de Las Cases. Era de todos sus compañeros de destierro el que poseía una ilustración más general, y el que por su conocimiento del inglés le prestaba mayores servicios, sin contar con que su carácter, aunque algo susceptible, era bondadoso. Sin desconocer que el deseo de denunciar á la Europa el trato que recibían los cautivos en Santa Elena entró por mucho en su negativa á volver á Longwood, Napoleón no se ocultó que su salud y sobre todo la de su hijo habían contribuido á su determinación, y veía claramente que la conducta del gobernador, el clima y los deberes de familia disminuirían sucesivamente el número de sus compañeros, cuya presencia endulzaba su espantosa soledad. Su ayuda de cámara Marchand, que escribía con rapidez, leía bien, y era prudente, discreto y adicto á su amo con una sencillez que inspiraba cariño; Marchand que de día en día era á sus ojos no ya un servidor, sino un amigo, recogía con más cuidado que nadie las frases que exhalaba un alma dolorida y que parecían dirigirse sólo á Dios. «¡Si esto continúa, decía Napoleón suspirando, pronto no quedaremos aquí más que Marchand y yo!» Después dirigiéndose á este último añadía: «Tú leerás, escribirás lo que te dicte, me cerrarás los ojos, y luego volverás á Europa á disfrutar del bienestar que te proporcionaré.»

El 1.º de enero de 1817 dió ocasión á la colonia desterrada para celebrar una pequeña fiesta de familia. Los amigos de Napoleón procuraban recordar los aniversarios para acudir todos juntos á presentarle sus homenajes, como lo hacían anteriormente en las Tullerías, probándole que, aunque estaba proscrito y cargado de cadenas, no dejaba de ser para ellos el emperador Napoleón. Estas solemnidades no eran como en las Tullerías las del orgullo, sino las del corazón, contrito, humillado y tanto más expansivo cuanto mayor era su desgracia. Mma. Bertrand, Mma. de Montholon, con sus esposos llevando de la mano á sus hijos, el general Gourgaud, y detrás de ellos Marchand con los criados que habían seguido á su amo á Santa Elena, fueron el 1.º de enero á felicitarle, á expresarle los votos que hacían por él. ¡Qué votos, ay! Que su vida en aquella roca no fuese muy amarga, que su salud no declinase con rapidez, que ciertos dolores físicos que comenzaba á sufrir no fuesen

demasiado agudos, porque nadie se atrevía á abrigar ni mucho menos á hablar del deseo de verle restablecido en el trono de Francia, ó tan siquiera disfrutando de libertad en América. Napoleón estaba más triste que nunca á causa de los recuerdos que este día despertaba en su alma, y también á causa de la partida de Mr. de Las Cases. Recibió á sus compañeros con unas muestras de enternecimiento poco comunes en él, y les dió gracias por su lealtad, por su adhesión, de un modo sumamente expresivo. Siempre había tenido un gran placer en hacer regalos, y de los escasos restos de su opulencia que Marchand había salvado del naufragio, formó un pequeño tesoro para manifestar de cuando en cuando su gratitud á los que le prestaban algún servicio.

De este tesoro tomó algunos objetos para ofrecer á los niños, que le inspiraban mucho cariño, y á sus padres algunas joyas que debían ser para ellos preciosos recuerdos de familia. Después de estas manifestaciones de aprecio, como el día estaba hermoso, almorzó con sus compañeros de destierro bajo la tienda que el almirante Malcolm le había dejado y que le proporcionaba la única sombra de que podía gozar en Longwood. Allí pasaron la mayor parte del día, y poco á poco la belleza del cielo, los testimonios de sus amigos, una amable y cordial conversación, parecieron disipar la sombría tristeza de Napoleón. Se habló de la Francia, del pasado en otro tiempo tan esplendoroso; no se dijo nada del presente, y por la primera vez se aventuraron algunas palabras del porvenir, que de ordinario nadie se atrevía á penetrar, porque aunque fuese inmensa la profundidad con que le contemplasen, no descubrían más que la prisión. Con todo, empezaba á columbrarse una especie de esperanza, y esta esperanza nacía de la posibilidad de un cambio ministerial en Inglaterra. A juzgar por el contenido de los periódicos, era fácil comprender que después de los arrebatos de 1815 se operaba una reacción en los ánimos, que los pueblos volvían á expresar ideas de libertad, y que al calor de estas ideas perdían su violencia los odios contra la Francia. El ministerio de lord Castlereagh sufría vivos ataques. La oposición había pedido cuenta á lord Bathurst de sus crueldades para con el prisionero de Santa Elena, y no era inverosímil suponer un próximo cambio en el gabinete británico. No se creía que Napoleón llegaría á deber á este nuevo ministerio una posición cualquiera, pero sí que podría aligerar el peso de las cadenas del prisionero, trasladarle á otra isla, y quién sabe hasta abrirle las puertas de la América. Esto era poco probable, pero el corazón humano á falta de esperanza se nutre de ilusiones, tal es la necesidad que tiene de esperar. Así, pues, los desterrados hablaron algo de sus ensueños y se separaron aliviados.

El año 1817 fué más triste aún que el anterior, y todo presagiaba que lo mismo sucedería con los venideros, porque en aquella triste cautividad sin fin, en la que se presentaba la muerte como la única perspectiva, la tristeza debía ir siempre en aumento. Los paseos á caballo, tan indispensables para la salud de Napoleón, habían cesado por completo. El círculo de tres ó cuatro leguas que se veía obligado á recorrer si no quería ser vigilado, concluyó por parecerle tan estrecho como el patio de una prisión. Algunas veces que traspasó sus límites internándose en algunos parajes desconocidos de la isla,

logró que le perdiera de vista el oficial que le acompañaba; pero haciendo este último la observación de que para cumplir sus órdenes tendría que ir más cerca de él, Napoleón renunció montar á caballo, llegando á estar dos meses sin salir de su casa á no ser para dar alguno que otro paseo á pie. Al principio recibía algunas veces á ingleses ú holandeses que volvían á Europa de las Indias, los que solicitaban del gran mariscal Bertrand el honor de ser presentados á Napoleón. Sir Hudson-Lowe trató de cambiar esta especie de etiqueta; y viendo el ilustre cautivo que querían hacer de Longwood un calabozo que sólo pudiera abrirse por las manos de su carcelero, renunció á recibir á los viajeros que deseaban verle. Cesando para él con esta reclusión absoluta, y sobre todo con la partida de Mr. de Las Cases, toda distracción, cayó en una especie de inercia moral que, unida á su inercia física, debía producir en él los más pronto y funestos efectos.

Por aquella época llegaron tres comisarios de las potencias aliadas con la misión de velar por la custodia del prisionero de Santa Elena de concierto con sir Hudson-Lowe. Las potencias habían firmado un tratado por el cual aprobando todo cuanto la Inglaterra había hecho precedentemente, le encomendaban el cuidado de detener á Napoleón bajo la condición de que unos comisarios nombrados por ellas pudieran residir en Santa Elena, garantizar la presencia del prisionero en la isla, y cuidar tanto de su custodia como de los tratos que deberían dársele. La Prusia, fiándose en los ingleses y no interesándose en saber cómo trataban al cautivo, no envió á nadie. La Rusia, el Austria y la Francia nombraron cada una su comisario. Estos comisarios, confinados en una isla casi despoblada, no tenían otra indemnización en perspectiva que la de ver y hablar algunas veces con el ilustre prisionero.

El enviado francés Mr. de Montchenú, viejo realista, muy apasionado, pero no malo, repetía sin cesar que los hombres de talento eran los que habían fraguado la revolución francesa, y que su jefe Napoleón, más sabio, más pérfido que todos juntos, era un demonio que debía ser encerrado en una jaula de hierro. No tenía un gran deseo de tratarle, pero deseaba la certidumbre física de su presencia en Santa Elena. Mr. de Stürmer, enviado austriaco, al servicio del más curioso de los hombres de Estado, del príncipe de Metternich, se proponía divertir á su jefe contándole detalles interesantes. El comisario ruso Mr. de Balmain, encargado por Alejandro de vigilar para que se custodiase á Napoleón, pero no con demasiada crueldad, tenía también un vivísimo deseo de verle, pero no tanto como sus dos colegas, y se burlaba fácilmente de las inquietudes del francés y de la curiosidad del austriaco.

La esperanza de los tres comisarios fué singularmente frustrada al llegar á Santa Elena. Habiéndolos anunciado sir Hudson-Lowe á Napoleón como acreditados en virtud del tratado del 2 de agosto de 1815, Napoleón se negó perentoriamente á recibirlos por este concepto. Con una tenacidad tan invencible en la desgracia como en la fortuna, no quería separarse del principio que había sentado sosteniendo que, en razón á que se había confiado voluntariamente á la Inglaterra, no tenían derecho para constituirle prisionero. Por esta razón declaró que, hallándose dispuesto á recibirlos si se presenta-